

LA PARADOJA DE LA CÁMARA APAGADA *(o los desafíos de la docencia antes, durante y después de la pandemia)*

Por Carolina Muñoz Rojas¹

Más de alguna vez escuche la alusión a que la organización y disposición de la sala de clases universitaria se había mantenido intacta por siglos: un espacio al frente para quien ejerce la docencia, visible y audible para quienes cumplen el rol de estudiantes y que habitualmente se ubican en oposición a quien enseña, con espacio y mobiliario -ojalá- suficiente y en buen estado para poder sentarse, tomar notas y eventualmente alzar la mano para solicitar la palabra y hacer alguna pregunta o comentario. De vez en cuando esa sala se desordenó para alguna actividad “innovadora”, pero tendió a mantener su estructura y disposición habitual. Así ha sido por años la dinámica de las carreras denominadas de “tiza y pizarrón”, en las cuales me formé como docente universitaria, y que en mi experiencia ha sido más bien de “plumones de colores, pizarra blanca y proyector”.

Esta imagen del aula definitivamente cambió (¡y en hora buena!) con el contexto de pandemia. En marzo de este particular 2020, al igual que muchas personas, me vi obligada a cambiar la sala de clases por un aula virtual, no por innovación, ni por amor a la educación a distancia (declarándome su fan), sino por las apremiantes circunstancias sanitarias del país y del mundo, que nos han obligado al distanciamiento social, pero también a aproximarnos a la “innovación” educativa. Sin mediar consulta alguna, ni posibilidad de decidir ni rechazar el cambio (como sí ocurrió en nuestras universidades por muchos años), nuestra sala de clases -símbolo de la docencia universitaria histórica- fue “suplantada” por su réplica tecnológica: una sala virtual (en *zoom*, *webex*, *meet*, *teams*, etc.). Hoy enseñamos por medio de un computador conectado a internet desde nuestros hogares, para una audiencia conectada de la misma forma, distante geográficamente.

Toda la sala de clases fue “reemplazada” por la tecnología. Salvo las personas. Personas que previamente habitamos aulas universitarias tradicionales ahora sentadas en las sillas de nuestras propias casas, con los dispositivos tecnológicos y conexiones a internet que nos permitan “ir a clases” o “dar la clase”, de una forma antes poco conocida y valorada.

Si todo cambió, salvo las personas, vale pensar entonces que **nada ha cambiado**. O tal vez solo cambió una parte accesorio del proceso, tal vez la menos importante: el **escenario**.

Sea una aula presencial o virtual, lo que da vida al espacio educativo son **las personas que se encuentran en un proceso de enseñanza-aprendizaje**, ahora

¹ Docente de pregrado en las carreras de Administración Pública (INAP) e Ingeniería Comercial (Facultad de Economía y Negocios). Docente de postgrado en el Magister en Gobierno y Gerencia Pública (INAP) y en el Magister en Estudios de Género mención Ciencias Sociales (FACSO). Docente virtual en pandemia.

mediado por la tecnología, como antes fue mediado por las aulas universitarias presenciales, cuyas sillas, mesas, pizarrones y disposición también algo han cambiado durante las últimas décadas. Pese a esta constatación, la paradoja de la “cámara apagada” me ha rondado durante varios meses este año. Ahora explico el por qué.

Este año, nuestros lamentos docentes han coincidido en un aspecto (lo que no siempre pasa). Ha sido recurrente en las conversaciones entre colegas la sensación compartida de frustración cuando “*nadie enciende la cámara*”, como quien lamenta no haber tenido asistentes a su clase presencial. Pensar en la “cámara apagada” casi como un fenómeno, me ha significado pensar en varias preguntas curiosas: una cámara apagada ¿equivale a “estudiante ausente” en la clase?, ¿es equivalente a “estudiante silente” durante la clase?, ¿la cámara apagada es solo un problema de dispositivos en mal estado o débiles conexiones a internet?, ¿es desidia?

Si solo hubiese computadores conectados (como eventualmente podría ocurrir en ausencia de un ser humano que le acompañe), cabe pensar que la cámara apagada equivale a ausencia estudiantil. Pero si fueran humanos en silencio, detrás de una pantalla, cabe pensar un poco más en como vivimos y entendemos la docencia en la universidad pública de este siglo. Esto me motiva a compartir esta reflexión.

Y es que el inicio de la docencia virtual de emergencia fue frustrante para muchas personas que la ejercemos. Me incluyo, pese a mi fanatismo declarado por la educación a distancia y experiencia previa en contextos online. Esta vez era diferente, porque significaba hacer un trimestre o semestre completo virtual. Dar clases día a día frente a un computador, suponiendo que hay (o habrá) del otro lado “alguien” que escucha, genera una especie de “sin sentido” docente ¿Por qué la virtualidad hace tan evidente esa incomodidad?, ¿Nos ocurre lo mismo en la docencia presencial?, ¿Por qué tanta frustración ante las cámaras (y micrófonos) “apagados”?

Como docentes requerimos ser “visibles” y “audibles” para enseñar. Aprendimos que esa exposición pública es parte fundamental de nuestro rol, de hecho, para muchas personas es sinónimo de ser “docente”. Me pregunto si requerimos también constatar que hay una persona que nos “ve” y “escucha” para realizar nuestra clase. Recuerdo la noción de lo público de Hannah Arendt quien lo señala como el lugar donde somos “vistos y oídos” por las demás personas, y en base a ello, la clase “pública” requiere de esa constatación. No obstante, creo que es mucho más que la simple constatación de una audiencia atenta.

Pienso que hay un aprendizaje fundamental detrás de lo que he denominado la paradoja de la cámara apagada: podemos vernos (la cámara está ahí, a un clic), pero no nos vemos (la mantenemos apagada por decisión o circunstancia). Estamos en el “aula” pero “sin conexión”. Hacer un monólogo en el aula presencial es posible, pero en el aula virtual parece totalmente absurdo (aunque presencialmente también lo es, pero se nota menos, pues puede ser disimulada con un saludo y una despedida).

Desde hace un buen tiempo, el proceso de aprendizaje dejó de ser entendido, al menos teóricamente, como un mero acto comunicacional uni-direccional. Una buena clase dejó de ser solo una buena presentación de un/a buen/a orador/a demostrando su experticia y conocimientos sobre un determinado tema o disciplina. Ni la sala de clases, ni la cámara apagada, son a mi juicio el problema, sino el **sentido que tiene nuestra docencia antes, durante y después de la pandemia.**

La cámara apagada, nos ayuda por tanto a constatar la necesidad que la docencia es un ejercicio esencialmente compartido, donde quien enseña tiene un rol puramente secundario, facilitador, movilizador de los aprendizajes. Al menos eso lo dota de un mayor sentido. Quien llena el espacio educativo es quien estudia, quien aprende y con quienes aprendemos a enseñar por medio de interacciones.

Un “buena” clase, a mi juicio, es esencialmente eso: interacción, reflexión colectiva, comunicación grupal. Es pensar junto a otras personas, interpelar el conocimiento, permitir el encuentro entre nuestras propias experiencias, las perspectivas teóricas, y también nuestros temores, dolores, expectativas y sueños por un mundo mejor. El escenario es solo un testigo del momento, un canal o un espacio efímero que facilita el encuentro, sea presencial o virtual.

Por ello, el asunto de la cámara apagada que nos acompaña a quienes ejercemos docencia este año pandémico, remite mucho más que a las limitaciones de la tecnología o a nuestras propias resistencias a ella. Remite a la complejidad del propio proceso de aprendizaje, que ya no puede tener en el centro el saber experto de quien enseña, sino que requiere la presencia, atención e interacción con quienes aprenden, desde su curiosidad, reflexión, motivación por el aprendizaje.

Nuestro problema no es la cámara apagada o la mera necesidad que esté encendida, nuestro problema ha sido constatar directamente que la docencia universitaria requiere ser urgentemente transformada. Requiere poner en el centro a quien cumple el rol de estudiante. Requiere abandonar nuestros egos docentes, nuestra afán de ser escuchadas/os y atendidas/os, requiere que seamos capaces de tolerar los silencios, ese espacio a veces interminable entre que planteamos una pregunta y surge alguna respuesta, una nueva pregunta o a veces una nueva reflexión (y que virtualmente parece eterno). Requiere que seamos capaces de plantear buenas preguntas, de abrir y compartir el espacio, humanizando el espacio tecnologizado.

La paradoja de la cámara apagada, es para mi la paradoja de nuestra docencia: ¿enseño para mi misma/o o enseño para que otras personas aprendan?, ¿aprendo a enseñar e innovo? o ¿enseño lo que aprendí como estudiante en una sala del siglo pasado, pero ahora por medio de una plataforma virtual?. Cuando la cámara se enciende, se enciende también un espacio de aprendizaje. Cuando un micrófono se activa, surgen voces diferentes a la docente, y se transforma el espacio educativo virtualizado en un espacio de comunicación y aprendizaje compartido.